

■ Chico Mendes y Marcio Souza ■

Vicente Francisco Torres*



En junio de 2009 apareció en Bolivia la primera versión española, hecha en América, de la primera novela de Marcio Souza: *Gálvez, emperador de Acre* (Santa Cruz, editorial El País) que abordó el tema de la selva a manera de remedo, sin los tintes tremendistas de la novela telúrica tipo *La vorágine*. Originalmente apareció en 1976 y su modernidad estaba en la forma, hecha de pequeños textos, cada uno con su título, que producían la imagen de esas colchas populares elaboradas con retazos de distintos colores y texturas. De aquí que fuera publicada por entregas en un diario francés.

La vigencia de los libros de Marcio Souza (Mauaus, 1946) va más allá del terreno literario pues su ensayo biográfico sobre Chico Mendes, el líder cauchero amazónico, encuentra a menudo ecos, como la declaración que, a comienzos de 2009, hizo el presidente Luis Inacio Lula da Silva sobre la indemnización que el Estado brasileño daría a la mujer y a los hijos de Mendes, que habían quedado en la pobreza. El 13 de septiembre de 2009, el periódico *El País* hablaba de Marina Silva, ministra de Medio Ambiente de 2003 a 2008 y colaboradora de Chico Mendes, quien se separaba del Partido de los Trabajadores porque Lula no respaldaba medidas drásticas contra la deforestación de la Amazonia. Ella buscaría la presidencia de Brasil como candidata de un partido distinto al del actual presidente.

Gálvez, emperador de Acre, nace gracias al viejo recurso del manuscrito encontrado en un puesto de libros viejos. Lo halló Souza en París y contiene el relato de las aventuras de Luis Gálvez Rodríguez de Aria, oriundo de Cádiz, quien tuvo el extraño

privilegio de venir a Brasil, en donde permaneció de 1897 a 1899, y emprendió el sueño enfebrecido (en medio de la selva, en la región de Acre, donde colindan Bolivia, Brasil y Perú) de fundar un imperio cauchero. Como sabemos, la Amazonia vivió un periodo de esplendor económico gracias a la goma (*borracha*, dicen los brasileños), que duró de 1890 hasta 1915, bonanza que empezó a declinar cuando el botánico inglés Henry Alexander Wickham traspantó 70 000 semillas de hule a Londres, en donde fueron plantadas experimentalmente y luego traspantadas a tierras del sudeste asiático y terminaron, así, con el monopolio carioca.

La aventura de Gálvez tiene lugar en el periodo en que Bolivia, Brasil y Perú se disputaban la región de Acre, cuando se vivía el auge que propiciaría la convivencia de los palacetes más europeizantes con los más paupérrimos barracones. Es la época en que se construye el versallesco teatro Amazonas en medio de la selva y, en Iquitos, se levanta el Club Social, un edificio metálico prefabricado en París por Alexandre Gustave Eiffel, el autor de la torre que lleva su nombre. Sobre este periodo escribieron Helen y Frank Shreider, en *Explorando el Amazonas* (National Geographic Society, 1970): "El auge del caucho rebasó incluso las fiebres del oro de California, Alaska [...] casi todas las ciudades del Amazonas ostentan las marcas y cicatrices del auge: sus palacios y sus chozas".

La singular forma del libro le permite a Marcio Souza insertar brevarios culturales, retratos, cuadros costumbristas, episodios chuscos, diálogos con forma de fragmentos dramáticos, menús de

restaurantes y un repertorio operístico. Dicha estructura da entrada al humor, como puede verse en los siguientes ejemplos.

Cuando Gálvez y Luis Trucco están en un burdel hablando de soledad, el texto se llama "La ética de Spinoza".

El naturalista inglés Henry Lust da una conferencia sobre el Teatro del Amazonas y, para explicar su carácter monumental, en lugar de referirse al auge del hule que propició los delirios culturales de los detentadores de los cauchales, que fundaron sus desmesuradas y efímeras riquezas en la miseria de los trabajadores, hace un batiburrillo en el que aparecen Nostradamus, el Dalai Lama, el *Libro de los muertos* y un puñado de extraterrestres.

El día en que Gálvez llega a Puerto Alonso (entonces una aduana boliviana) para fundar su imperio, combate contra un ejército... que era el Ejército de Salvación, cuyas armas eran trombones, flautas y platillos. La mojiganga llega a tal extremo que Gálvez, al ser coronado, recibe una corona de plata que estaba destinada a la virgen del puerto. El palacio imperial, hecho con tablones mohosos, tiene una escalera de mármol, traída de Lisboa, con escalinatas que, como símbolo del imperio, no llevaban a sitio alguno. Esto es un remedo que muestra el contraste que vivió la Amazonia cuando los usufructuarios de los sirringales vivían en una ostentosa abundancia mientras los extractores del hule se debatían en la miseria.

Los diálogos entre Gálvez y su intendente suelen ser de este tipo:

Gálvez.- *Si no mueren de cirrosis, con esta gente podríamos conquistar el mundo.*

Vaez.- *Es lo mejor que tenemos.*

Gálvez.- *¿Algún problema?*

Vaez.- *Una baja. Zequinha Farias, el pianista, murió ayer en Santa Clara.*

Gálvez.- *¿Causa mortis?*

Vaez.- *Sífilis.*

Gálvez.- *Pongan la bandera a media asta.*

Francois Blangis, ministro de cultura, a tono con la época, soñaba con un palacio operístico más opulento que el Teatro Amazonas. Curiosamente, este sueño, semejante al que inspirara la cinta *Fitzcarraldo*, lleva el contraste entre civilización y barbarie hasta sus últimas consecuencias, porque aspira al refinamiento cultural plantado en medio de la naturaleza menos doméstica. Una plantación del imperio de Acre ya había sido bautizada como Versailles.

Gálvez, emperador de Acre, es una novela picaresca en la que el protagonista, también metido en líos de faldas, tiene que huir, por razones políticas, de Belém a Manaus. Escapa como polizón en un barco que transportaba monjas y prendas sacerdotales. El imperio de Acre resulta una utopía en chungu que se aleja de la típica narración de cauchería; los chicleros son apenas una presencia distante y la selva, con sus 218 variedades de moscos, un escenario fársico. En estos sus primeros libros, Marcio Souza renunció a contar nuevamente los episodios tantas veces narrados por novelistas como B. Traven y Rafael Bernal, en donde los indígenas eran contratados con préstamos cobrados con intereses usurarios y luego, ya internados en las caucherías, se endrogaban perpetuamente en la tienda de raya (barracao).

La escritura de esta historia es literaria, pero la información es histórica, muy semejante a la de la novela, tal como el autor informa en los inicios de su ensayo novelado *El asesinato de Chico Mendes (O empate contra Chico Mendes, 1986)*.

En *Mad María* (1980), Marcio Souza vuelve a la novela telúrica y al tópico tradicional de civilización y barbarie. Los hechos transcurren en 1911, junto al río Abuná, en donde trabajadores llegados desde todos los rincones de la tierra (alemanes, barbadianos, españoles, chinos, brasileños, portugueses, italianos y norteamericanos), bajo la responsabilidad de un ingeniero irlandés, construyen un puente y ponen las vías para que la locomotora llamada Mad María penetre en plena selva amazónica. Aquí los odios, atizados por el calor, las creencias y las alimañas del trópico, conforman una convivencia brutal en la que los alemanes le cortan las manos a un aborigen ladrón, los barbadianos decapitan a los alemanes limpiamente y los hijos de África defienden sus creencias a sangre y fuego (esto da oportunidad para introducir una página sobre el vodú y los zombies). Las enfermedades hacen lo suyo: la malaria llega porque los peones, en lugar de consumir su ración de quinina, la venden para sacar un poco de dinero; un año después, cuando lleven hindúes para abaratar la mano de obra, con ellos irá la lepra.

En la abierta requisitoria apuntada en el primer párrafo de la novela, Souza se atiene a las escurridizas aguas de la ficción y la realidad: "Casi todo lo que se cuenta en este libro podría haber ocurrido tal como va escrito. En lo referente a la construcción del ferrocarril, hay mucho de verdad. En cuanto a la

política de las altas esferas, también. Y en lo que al lector le parece familiar, no se engaña tampoco: al capitalismo no le da vergüenza repetirse”.

“Pero este libro es sólo una novela”.

El diálogo es para Marcio Souza una herramienta de primer orden ya que es en la voz de sus criaturas donde aparecen las partes más ideologizadas de la novela. Finnegan es un médico norteamericano idealista quien, primero, discute con el maquinista Thomas para destacar el papel civilizador de la medicina que luchaba contra las enfermedades tropicales hasta entonces desconocidas; el precio lo pagaron los recursos naturales de Latinoamérica y los trabajadores, que fueron las víctimas propiciatorias. Junto a la chatarra de la máquina antecesora de Mad María, el joven médico Finnegan y el ingeniero irlandés Stephan Collier, sostienen un diálogo feroz en donde el candor del primero es apabullado por la desoladora experiencia profesional del segundo pues, mientras el primero cree que los ferrocarriles llevan civilización a los países emergentes, el segundo sabe que es más una cuestión de despojo. El problema es planteado incluso con humor, pues cuando llega un barco a Porto Velho con un ingeniero gringo y su contingente, los empleados de la compañía colocan en la plaza una bandera norteamericana pero, cuando los visitantes reparan en ello, piden una bandera boliviana y luego, cuando atinan que lo correcto es arriar una bandera brasileña, suben una que llevaba la leyenda *Order and progress* en lugar de *Ordem e progresso*. Al capitalismo no le interesa saber dónde despoja ni de dónde toma.

He aquí algunas líneas que restallan como relámpagos en la hoy añorada selva, que no había sucumbido a la tecnología y era, como reza la expresión lexicalizada, un infierno verde:

—“No estoy de acuerdo. Tú y yo trabajamos por el progreso.

—“¡Y una mierda! ¿Quieres saber qué significa para mí el progreso? Una política de ladrones engañando a países enteros. Birmania, la India, África, Australia.

—“Pero estamos dejando nuestra huella.

—“Claro que la estamos dejando. Al lado de la cárcel de ladrillo está la escuela para formar funcionarios nativos subalternos. Y no nos olvidamos de enseñar a los nativos a jugar fútbol. Y aprenden a beber güisqui (...) nos llenamos la boca de progreso mientras nos enriquecemos, mientras lo destruimos todo, mientras difundimos nuestros

proprios vicios”.

Al finalizar el primer tercio del libro, la novela se convierte en un contrapunto entre la selva, con sus aguaceros torrenciales que derriban árboles de ocho metros de diámetro, y Río de Janeiro, en donde están las oficinas de la Madeira – Marmoré Railway Co., escenario en donde políticos y militares se ponen zancadillas para otorgar concesiones y recibir sobornos.

Al final de cuentas, toda la sangre que corrió alrededor de la Mad María se fue a la basura: el siete de septiembre de 1912, en ausencia del gobierno brasileño, fue inaugurado el ferrocarril Madeira – Mamoré pero, ese mismo año, el caucho amazónico empezó a ser sustituido por el de las plantaciones inglesas en Asia. En 1965, la Mad María fue vendida como chatarra.

Marcio Souza es nativo de la Amazonia y, como tal, los problemas de la región le tocan muy cercanamente. Si los conflictos planteados en sus novelas estaban tratados como remedos o con una distancia que no quería incurrir en las tintas oscuras de la novela criollista, más tarde echó mano de los recursos del ensayo para plantear sus intereses ya conocidos. No había más ficción verista, no más remedo histórico; las cosas iban ahora directamente, con fechas, nombres, cuadros y cifras.

Francisco Alves Mendes Filho, hoy conocido como Chico Mendes, el líder de los caucheros de Acre (territorio que tiene el tamaño de Portugal), es un hombre producto de la paupérrima situación social que heredaron los “hacendados” caucheros (el término hacendado, como coronel, es un colonialismo porque no hay “señores de la tierra”, como los protagonistas de las novelas de José Lins do Rego), porque los verdaderos dueños del suelo amazónico eran los aborígenes; los mestizos sólo obtenían títulos falsos de propiedad y con ellos se presentaban para echar, con el apoyo del gobierno y de funcionarios corruptos, a los dueños originales. La verdadera importancia de Mendes estriba en que no fue un simple ecologista, no fue un defensor de plantitas y mariposas, sino un hombre que defendía la tierra amazónica de su deforestación porque, al arrasar los árboles para convertir la selva en potreros y campos de cultivo, no sólo se estaba deteriorando la situación del planeta sino, sobre todo, se estaba despojando de sus tierras a los grupos autóctonos y se les estaba reduciendo a una miseria más atroz, porque se les echaba a los arroyos urbanos y pasaban a engrosar las filas de la

mendicidad, del hampa y de la prostitución. Mendes defendía su tierra natal y proponía que si la selva no se destruía, podía ofrecer castañas, la palmera llamada patavá, que produce un aceite semejante al de oliva, el árbol de andiroba, útil para hacer jabón y remedio para inflamaciones y cicatrizar heridas. Aquí recordaba que la selva amazónica tiene miles de vegetales con tantas propiedades medicinales que Michael Balik, director del Instituto de Economía Botánica del Jardín Botánico de Nueva York, dijo que "La selva tropical es una verdadera fábrica química".

El crimen de Mendes, ocurrido en su tierra natal, Xapuri, municipio acreano, el 22 de diciembre de 1988, tuvo resonancia internacional porque se habló de él como un defensor de la selva amazónica, que es un pulmón para el planeta, pero se minimizó el hecho de que era un líder de los habitantes de la Amazonia y un oponente de los "hacendados" que derribaban los árboles para sembrar granos y criar reses, todo con fines de exportación y acumulación ofensiva de capital. Sin embargo, la lucha que él protagonizó no ha terminado ni es sólo tema de ecologistas de todos los tonos de verde:

Mientras el cuerpo de Chico Mendes bajaba a la sepultura, millones de kilómetros de selva ardían, lanzando a la atmósfera gruesas espirales de humo, a veces tan negras y espesas que trastornaban por horas y horas los vuelos comerciales sobre la región. Y el clamor internacional comenzó. De pronto, los pensadores del mundo industrializado se dieron cuenta de que, cuando la selva arde en el hemisferio sur, la seguridad de tener cuatro estaciones ya no es tan cierta como antes [...] Porque el fin de la selva, más que el fin de una economía tradicional, puede significar el fin del mundo.

En 1980, cuando los "terratenientes" asesinaron al líder acreano Willson Pinheiro, en el templete ceremonial había dos líderes: Chico Mendes, representante de los caucheros que dirigía los *empates* (acciones para oponerse a los pistoleros que, con tractores y cadenas, derribaban los árboles de 30 metros de altura) y un líder minero llamado Luis Inacio Lula da Silva. Hoy asistimos a una guerra política y económica. Los "hacendados" quieren exportar tablones, bisteces y soya para acumular dinero, pero la obra de Marcio Souza ya nos ha contado la otra historia, la que animó la lucha de los habitantes de la selva, encarnada por un hombre que fue educado en el respeto a la naturaleza, fruto de las creencias, del conocimiento íntimo del mundo vegetal y de los mitos y leyendas (como la del Curupira, niño peludo que tienen los pies para atrás y castiga a quienes cortan árboles sin necesidad o cazan sin tener hambre) heredados de sus mayores.

*Escritor, docente e investigador de la UAM-Azcapotzalco.

Argentina, frustrando las expectativas por el "quinto partido" de ensueño.

A la par, ocurren otras, estas sí, verdaderas decepciones, como el hecho de que Brasil fue derrotado por Holanda, en cuartos de final.

Y es Uruguay el que, en las etapas finales, congregó el sentir del continente americano. Lo acompañaron otros tres sobrevivientes: España, Holanda y Alemania. Uruguay lidiaría con Holanda y, en un buen partido, Holanda lo derrota. Mientras que España, la "furia roja", dejó fuera a los alemanes.

Como corolario del torneo, en una final que fue de menos a más, el domingo 11 de julio, los hijos del Pacto de la Moncloa, como los llamó Porfirio Muñoz Ledo en uno de sus artículos, vencieron a Holanda en tiempo extra, levantaron la Copa y anunciaron, de manera tácita, el regreso a la rutina de miles de millones de personas en el mundo.

El pulpo no se equivocó.

*Docente-investigador de la UACJ.